



KEPA AULESTIA

RUBALCABA, EL ÚNICO

El PSOE no puede establecer una estrategia de recuperación electoral porque carece del poder político necesario y porque el PP todavía no ha comenzado a gobernar

La presentación de Alfredo Pérez Rubalcaba como aspirante a la secretaria general del PSOE en el congreso que celebrará en Sevilla los próximos 3, 4 y 5 de febrero no ha sido ninguna novedad. Las razones íntimas que llevan a un dirigente político tan veterano a afrontar unas elecciones que tenía perdidas y a personarse tras el fracaso para asumir la dirección del partido forman parte de lo inescrutable. Las explicaciones convencionales que él puede dar, de responsabilidad, entrega y tesón, representarían en todo caso una versión estereotipada de motivaciones que el fragor de la vida política y partidaria ya le ha sustraído a su libre albedrío. Ayer cobró verosimilitud la hipótesis de que la nominación como candidato a la presidencia del Gobierno perseguía, en realidad, la secretaria general del partido. De igual forma que su designación por el comité federal evitando primarias le facilitó la tarea de erigirse en líder incontestable, aunque no incontestado, hasta el 20-N, la celeridad con la que ha sido convocado el 38º congreso lo señala como vencedor de la liza interna. Rubalcaba no solo es el primero en postularse, sino que al hacerlo se convierte en el único candidato real a la secretaria general. No es Fouché, porque en su afán de servicio nunca se ha salido de un determinado círculo de lealtades. También por eso su elección al frente del PSOE irá acompañada

por una fuerte carga de escepticismo, de recelos cruzados y de desilusión respecto a una realidad partidaria incapaz de ofrecer otras alternativas para el liderazgo socialista que la del propio Rubalcaba y, si acaso, la de Chacón.

El PSOE está incapacitado para definir una estrategia de recuperación electoral sencillamente porque hoy carece de poder para ello. Pero hay más: el PSOE está incapacitado para definir la orientación general de su política porque el PP no ha comenzado todavía a gobernar y los resultados del 20-N tampoco han reposado lo suficiente en el ánimo ciudadano, en medio de la incertidumbre económica y del retraimiento social. El congreso de Sevilla resulta precipitado no solo por la necesidad interna de digerir

la debacle, sino sobre todo porque todavía no se han decantado las nuevas condiciones políticas. El hecho de que, pudiendo presentar su candidatura en cualquier otra parte, Rubalcaba optase ayer por la sede de UGT refleja, más que un paso atrás en lo ideológico, su imperiosa necesidad de hacerse con la secretaria general inmediatamente.

Supongamos que la tarea del hoy presidente de su grupo parlamentario es la de mantener en orden y activo al partido socialista hasta que el 39º congreso, que se celebraría dentro de tres años y designaría un secretario general encauzando, al mismo tiempo, la nominación del candidato a la presidencia del Gobierno para las generales de 2015. Pero del congreso de Sevilla

no saldrá una gestora sino una ejecutiva, no saldrá un primer secretario interino sino un secretario general con lo que ello significa en la tradición socialista. De modo que el relevo dependerá de una gestión que culmine en una solución cerrada o, por el contrario, deje el futuro tan abierto que reproduzca el vacío que hoy se generaría si no se postulase Rubalcaba. Sobre todo dada la contradicción que supone la «reconstrucción» del partido con el anuncio de unas primarias abiertas a los «simpatizantes» para la nominación del próximo candidato a la presidencia del Gobierno.

El socialismo español ha prescindido de Zapatero con esa carga de injusticia que conlleva siempre el desapego de unas bases militantes reclamando la máxima rentabilidad al mínimo riesgo. Su etapa, como antes la de Felipe González, acabó con estrépito. Era una carga, un flanco débil. Deshacerse de él parecía lo más sensato. Por eso le apartaron sin siquiera darle la oportunidad de apartarse. Pero ¿qué resultado hubiese obtenido Rubalcaba de no haberse despegado tanto de Rodríguez Zapatero? Puede que, más o menos, el mismo. Zapatero, que ahora se consuela pensando en que la salida de la crisis le devolverá al pedestal de una trayectoria consecuyente, deberá someter su informe de gestión a la consideración del cónclave socialista de Sevilla. Será interesante comparar los votos a favor que reciba dicho infor-

me con los apoyos que coseche Rubalcaba. Una ley no escrita establece que cada nuevo líder ha de matar a su mentor, a aquél que le vio llorar. No es exactamente esa la relación que mantuvieron Rubalcaba y Zapatero. Incluso es probable que fuese Rubalcaba quien adivinara las lágrimas que el entonces presidente se esforzaba en disimular mientras él, ministro, vicepresidente y candidato sucesivamente, contenía sus emociones.

El reconocimiento hacia la figura de Rubalcaba en el que se prodigan hasta sus detractores constituye hoy por hoy el colchón que le sirve para amortiguar las críticas. Visto como una concurrencia de intereses, Rubalcaba necesita que el comité federal del próximo 8 de enero descarte posponer el congreso de Sevilla contando con el apoyo de quienes tampoco están en condiciones de postularse para mayo o junio y que, sin embargo, esperan en su fuero interno que alguien les proponga para liderar el PSOE dentro de tres años. Rubalcaba no es Fouché, pero seguro que desde el 20-N hasta hoy se habrán delatado a sí mismos, por acción u omisión, aquellos que corren el riesgo de verse orillados del proceso de decisiones que desemboque en el 39º congreso. En la galería de retratos de los secretarios generales del PSOE han acabado desdibujados todos, en cada caso únicos. Rubalcaba, único también, se desdibuja incluso antes de ser retratado como tal.